

1091

San Bernardo, 22 de Enero de 1944

Señor don
Raul Medina Vergara.
Presente.

MI querido Raul:

Te envío la carta que con esta misma fecha dirijo a Enrique Gandásegui. En ella hallarás mi decisión de no aceptar mi inclusión en la lista de candidatos de la Falange a la próxima elección municipal, y las razones que la justifican. Pero a tí te debo una más amplia explicación, y a dártela tiendo precisamente la presente.

He de confesarte que hubo un momento en que sentí la tentación de aceptar; pero luego me asaltó la sospecha de que tú temieras que intentaba desplazarte, idea para mí repugnante, que jamás pasó por mi mente. Aunque así fuera, me ví forzado a pensar en ello y he llegado a las siguientes conclusiones: que sería en todo caso muy difícil que yo obtuviera en la elección más votos que tú; pero que la posibilidad no pueda descartarse en absoluto, supuesto el caso de que yo luche, lo que necesariamente debería hacer si me presentara en la lista, para no exponerme a algún ridículo de un fracaso rotundo. Pero como yo no quiero por motivo alguno exponerme a ninguno de esos dos riesgos: el de un fracaso abrumador, o el de desplazar tu candidatura, me he afianzado en la resolución que las otras consideraciones, que expongo en mi carta a Gandásegui, me inclinaban a tomar: abstenerme de ser candidato.

Yo quiero, Raul, que tengas la absoluta certeza, la seguridad incommovible, de que nunca he querido ni querré ponerme en una situación que pudiera causarte perjuicio en esta lucha, y que si alguna idea me hizo pensar en un momento en la conveniencia de agregar mi nombre a tu lista, fué la de ayudar de ese modo a tu triunfo.

Dada esta explicación, permítame ahora que te insista un poco en una idea que expongo a Gandásegui y que me parece de importancia fundamental para el éxito de tu campaña: el carácter de tu candidatura. Varias veces te he hablado del asunto; pero para salvar mi responsabilidad ante el amigo, quiero hacerlo por última vez, y por escrito, de modo que quede testimonio indeleble: es preciso que tu lucha difiera del vulgar trato electorero, de las candidaturas sostenidas a base de compadrazgos, compromisos personales, halagos a personas de influencias en las urnas y demagogía; tu candidatura debe distinguirse por su contenido espiritual y humano; por representar el empuje idealista de una juventud entusiasta; por encarnar una posición doctrinaria y pura; por ofrecer un programa bien estudiado, serio y viable, de realizaciones efectivas en bien de San Bernardo. De otra manera, no se justifica, políticamente, su existencia.

Piensa, Raul, que tú no eres sino un soldado de una causa, y como tal debes presentarte a tus electores. No interesa tanto que llegue al Municipio el ciudadano Raul Medina, como que llegue el candidato de la Falange, y tu triunfo no se persigue ni lo persigues tú para tu bien personal, sino para el bien de la Falange y de todo lo que ella representa.

Tu has hecho, hasta ahora, tu campaña, prescindiendo casi de tu partido y fundándola más bien en adhesiones personales. Tu abrigas confianza en que de este modo llegarás al Municipio. Yo te a-

consejo dudar un poco de esa clase de adhesiones: de cien personas que te prometan personalmente su voto, te lo darán en las urnas la tercera parte. Pero aún cuando hubieras de lograr el triunfo con los votos de esos amigos y adherentes personales, yo te digo que casi no valdría la pena que llegaras en esa forma al Municipio porque tu triunfo carecería entonces de significado político, tu labor se obstaculizaría por los compromisos y las contemplanaciones que deberías a muchas gentes, y ni el candidato Medina ni el regidor Medina diferirían en nada de los muchos otros candidatos y regidores, que nunca han sido ni han hecho nada.

Deber principalísimo tuyo es, hoy día, Raul, el de preocuparte de dar a tu candidatura y a la campaña electoral en que te encuentras el contenido ideológico de que hasta ahora carece; revestirla de un significado político hondo; empaparla de una fuerte tonalidad humana e idealista. Ya que estás empeñado en una lucha, bien vale la pena que lo hagas como es debido, porque las cosas mal hechas son como si no existieran.

Perdóname, Raul, la ruda franqueza con que te he hablado. Espero que no te enojará mal, y sabrás comprender que lo que inspira mis palabras es tan solo la amistad que te profeso y los sentimientos e ideales comunes que nos unen, que quisiera ver claramente representados en tu campaña, y hasta ahora, por desgracia, no logro distinguir en ella.

Recibe el afectuosísimo saludo de tu cordial y sincero amigo y S.S.